

RESEÑA: Quevedo, A. (2014). Fantasmas: De Plinio al Joven Derrida. Colombia: Universidad de La Sabana.

Juan González Sotomayor¹

Sección: Reseñas

Recibido: 30/10/2019

Aceptado: 09/11/2019

Publicado: 13/12/2019

Seguro que en algún momento hemos escuchado esa pregunta. Es una pregunta difícil. A menudo resulta complicado saber qué responder y más aún es argumentar la respuesta. Es una de esas preguntas que ponen a pensar en algo que no pensábamos hasta antes de que nos preguntaran. Pero no es casualidad que la pregunta sea difícil. De hecho, tan complicada es que le sirve a Amalia Quevedo, filósofa colombiana de la Universidad de La Sabana, para escribir un libro donde narra, en pequeños capítulos –casi tan cortos y ricos como entradas de un diario–, un viaje histórico a través de las concepciones de los fantasmas en el pensamiento occidental.

Para la autora, avistar un fantasma es comúnmente una experiencia privada, por lo que es raro hallar testimonios de visiones colectivas y todavía más extraño toparse con personas que no puedan contar una historia de apariciones. El fantasma es como un secreto a voces. Aunque nadie lo diga todos lo conocen. Fantasmas hay de todos tipos: los hay viajeros como el holandés volador o el judío errante, y los hay arraigados como los que encantan castillos y mansiones; también hay fantasmas silenciosos como aquellos que solo piden que les sigamos o los hay ruidosos, que arrastran cadenas o golpean en el techo; hay fantasmas blancos y grises, hay unos que no se ven, pero se sienten, etcétera. A decir de Quevedo, las historias de fantasmas se hunden en la noche de los tiempos, de ahí que, según ella, la pregunta es siempre actual. Es decir, preguntar por fantasmas no tiene desperdicio porque parece ser uno de los secretos a voces más viejos, mejor guardados y más difundidos en la historia de la humanidad.

La autora relata que Platón explicaba ya la existencia de fantasmas. Para hacerlo, partía de la convicción de que el alma era inmortal y, como tal, el estilo de vida determinaba el destino del alma. Según este discípulo de Sócrates, los fantasmas son almas impuras que se dedicaron en vida a satisfacer el goce terrenal; goce que les lastra al mundo de lo visible. Una persona que se dedicaba a cultivar al alma no viviría –valga la ironía– como fantasma después de su muerte. Para Platón –convenientemente– no existen fantasmas de filósofos. Un poco más

¹ Egresado de la Facultad de Psicología de la UNAM. Correo electrónico: jgsotomayor@gmail.com

tarde aparecería el primer relato de casas embrujadas, narrado por un jurista y escritor romano que poco tenía que ver con Platón; ya aquí se prefiguran algunas características de lo que será la representación actual de los fantasmas. Desde el Siglo I el fantasma habita grandes casas, sabe cosas que nadie más podría saber, arrastra ruidosas cadenas y señala el lugar en el que yacen sus restos, para darle sepultura y que pueda descansar en paz. Así, como sostiene Quevedo, el fantasma no es un capricho, sino que aparece desde el principio debido a un quiebre del ritual –porque no fue bien enterrado– o un entorpecimiento del olvido debido a una perturbación de la memoria del difunto. En cualquier caso, los fantasmas aparecen cuando no se hace lo necesario para separarlos del mundo humano.

En los primeros siglos de la Iglesia cristiana, y ante la necesidad de aniquilar antiguas creencias paganas, los fantasmas encontraron un sólido intento de fundamentación filosófica de la mano de San Agustín. A partir de esta fundamentación, los fantasmas se considerarán apariciones, pues el obispo sostenía que el objeto de esa visión no es nada real, ni cuerpo ni alma, sino una mera imagen del difunto. Más adelante, estas apariciones, imbuidas de las características atribuidas por Agustín, jugarán un papel fundamental en la institucionalización de la iglesia cristiana. Los monjes apostaban que cualquier persona sensata preferiría acatar la moral cristiana que pasar su existencia después de la muerte arrastrando cadenas o dando vueltas por el purgatorio. Los relatos de fantasmas, convertidos en estrategias de evangelización y propaganda, se erigieron como algunos de los mejores instrumentos de recaudación económica para las iglesias y monasterios. No es casualidad que, como señala la autora, los mejores cuentos de fantasmas los contaban monjes y clérigos.

Fue después de casi mil años que la Reforma negó el purgatorio y, con ello, la existencia de las almas en pena. Con esta reinterpretación nació la idea del fantasma como demonio. Las apariciones fueron relegadas al dominio de lo maligno. Este destierro encontraría su auge en la época de la Ilustración. Para el pensamiento ilustrado los muertos son una cosa y, como tal, no pueden tener alma. Si no existe el alma, no pueden existir los fantasmas como objeto formal de conocimiento.

Junto con todo lo que no se podía explicar, los ahora llamados espectros (sí, como el de la luz), fueron expulsados de la mirada de la razón. El espectro, destello de lo desconocido, fue desterrado. Por no ser un ente físico que merece estudiarse a través de métodos científicos, se le asoció con lo malo, igual que se hiciera con el desequilibrio mental, el delirio, la sugestión, etc. La razón, en lugar de estudiarlos, prefirió evitarlos. No obstante, como llamados desde la tumba, los fantasmas regresarían con la novela gótica. El romanticismo, movimiento que inquiría por el alma y sus asuntos, trajo de vuelta al fantasma como objeto de interés humano. Tal como el romanticismo luchaba contra la excesiva razón ilustrada, el fantasma combatiría al positivismo en la forma del espiritismo. En suma, este recorrido revela al fantasma como un ente rebelde que se resiste a la idea de progreso que reviste el proyecto civilizatorio de Occidente. Pareciera que

los fantasmas no permiten que les olvidemos, sabedores de que eso significaría renunciar a nuestro pasado. Es notorio que la imperiosa voluntad del fantasma le ha ganado a la ciencia, pues nació antes que ella y, con todo, aquí sigue. Después de todo "¿cómo puede desaparecer aquello cuyo ser consiste precisamente en aparecer?" (Quevedo, 2014. p.17)

Los fantasmas habitan en el límite de lo real y lo irreal, por eso plantan cara ante la impermanencia de lo real. Quizás por eso Derrida apuesta por una filosofía de la fantasmagoría; una que no asuma tajantemente la distinción idea-materia, como la ciencia moderna, sino una que nos permita transitar entre lo sólido y lo imaginario. Conceptos como Caronte, probablemente, nos permitirían atravesar la frontera que divide el mundo que está más acá con el que, simplemente, está más allá. Quizás descubramos que el fantasma, como otras cosas que hemos ignorado, no es tan diferente a nosotros y solo tiene otro modo de existencia. En ese sentido, se puede decir que la ciencia moderna privilegió un modo de existencia: el tangible, sólido y estático. A decir de la ciencia, este modo de existencia se rige por leyes eternas e inmutables, por lo cual se dedicó a buscar esas leyes que rigen la realidad. Para ello, utilizaron el método experimental galileano que consistía, básicamente, en descomponer el mundo en piezas, probar cómo funcionan y después volverlas a unir. Es decir, este proyecto de ciencia consistía en reducir el mundo, a costa de dejar de lado los objetos que no eran susceptibles de experimentación o de obtención de leyes. Por lo tanto, este cientificismo fue abreviando la realidad.

Optar por el fantasma es una decisión epistemológica nada fácil de tomar; es optar por lo inasible, lo etéreo, por lo que apenas se mira, deja de estar. Esta resolución implica ir contra cientos de años de ciencia hegemónica; se requiere arrojo y, como tal, supone una postura ética: una manera de estar en el mundo. Esta decisión exige habitar el mundo distinto a como históricamente lo ha hecho Occidente, pues significa asumir que la desaparición de una sola persona modifica la realidad entera, con todo y sus posibilidades. Implicaría abrazar lo que ya de por sí hacemos, y que afirma Quevedo (2014), que "a lo insustituible de cada persona y lo irreparable de su pérdida, responde el viviente otorgando al muerto un modo de ser compensatorio, fantasmal" (p.196).

Desde hace años hemos incendiado sistemáticamente el pasado en favor de un presente eterno. Nuestros muertos han sido expulsados y con ellos nuestra memoria. Pero si suprimir al fantasma es eliminar el más allá, cabría preguntar, ¿Expulsar al fantasma significa prescindir del futuro? Después de esta lectura, puede pensarse que sí, pues indagar sobre el fantasma es preguntar por la posibilidad. Apostar por la posibilidad significa pensar que la realidad puede ser distinta y, por ende, transformable. Puede ser que el fantasma, como flor de ceniza, retoñe y nos libre de esa crasa realidad a la que parecemos aferrarnos y

permita abrazar nuestros fantasmas, pues, como sentencia Amalia Quevedo, "la vida misma está poblada de fantasmas, ensombrecida por la muerte, transida de ausencias. [...] Mientras el ser humano sea pasajero, habrá fantasmas." (p. 196).



"Reseña: Quevedo, A. (2018). De Plinio el Joven a Derrida. Colombia: Universidad de La Sabana." por Juan González Sotomayor está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)